



B. A. Paris

EL DILEMA

Saber la verdad la destrozar . Ocultarla lo destrozar  a él.

Livia cumple cuarenta años y va a dar la fiesta de su vida para resarcirse del banquete nupcial que nunca tuvo. Ir n todos sus seres queridos, menos su hija Marnie, que estudiaba en el extranjero, y aunque Livia la adora, en el fondo se alegra de que no vaya a estar presente. Tiene que contarle a Adam, su marido, algo sobre la niña, pero esperar  a que termine la fiesta para poder así disfrutar de ese último momento de felicidad conjunta.

Adam, empeñado en que la fiesta de Livia sea perfecta, ha organizado en secreto la visita de Marnie, pero a lo largo del día se entera de una noticia horrible. Tiene que contárselo a Livia porque  c mo van a celebrar la fiesta con lo que ha pasado? Pero su mujer está muy contenta e ilusionada... y los invitados a punto de llegar.

 Hasta dónde serías capaz de llegar para que el amor de tu vida disfrute de sus últimas horas de felicidad?

contenido

Livia

Adam

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Adam

Livia

Agradecimientos

*A M., mi inspiración para esta novela,
porque, aunque no te haya conocido, nunca te
olvidaré.*

DOMINGO 9 DE JUNIO
A LAS TRES Y MEDIA DE LA MADRUGADA

Livia

Es el agua casi fría de la bañera lo que me despierta. Desorientada, me incorporo enseguida, haciendo rebosar la espuma por los lados, y me pregunto cuánto rato habré estado dormida. Quito el tapón y gorgotea el desagüe, resonando demasiado en el silencio de la casa.

Mientras me seco, siento un escalofrío. Un recuerdo me asalta la memoria: ha sido un ruido lo que me ha despertado, el bramido de una moto en la calle. Me detengo un instante, con la toalla extendida por la espalda. No habrá sido Adam, ¿verdad? No habrá cogido la moto a estas horas de la noche...

Envuelta en la toalla, salgo corriendo al dormitorio y miro por la ventana. El latido culpable de mi corazón se calma cuando veo, detrás de la carpa, un resplandor amarillo procedente de su cabaña. Está ahí, no ha ido a ajustar cuentas. Me dan ganas de bajar a ver si se encuentra bien, pero algo, un sexto sentido quizá, me dice que no, que ya vendrá a mí cuando esté preparado. Por un instante, temo estar al borde de un precipicio, pero son la oscuridad y el jardín desierto los que me hacen sentir así.

Me aparto de la ventana y me tumbo en la cama. Voy a darle otros diez minutos y, si para entonces no ha vuelto, iré a buscarlo.

Adam

Recorro las calles desiertas a toda velocidad, espantando a un gato callejero, tomando una curva a ras, haciendo pedazos el silencio sepulcral de la noche con el rugido de mi moto. De pronto veo al frente la vía de acceso a la autopista M4. Piso a fondo el acelerador y me incorporo rápido, ruidosamente, adelantando a un coche lentísimo. La moto se desliza bajo mi cuerpo con el acelerón.

El azote del viento me nubla el entendimiento de tal forma que siento la tentación casi irresistible de soltar el manillar y dejarme arrastrar a la muerte. ¿No es espantoso que Livia y Josh no sean razón de vivir suficiente para mí? El remordimiento se suma a la angustia de las últimas catorce horas y el bramido de una rabia inmensa se añade al estrépito de la moto mientras avanzo por la autopista, empeñado en mi destrucción.

Entre lágrimas, veo por el retrovisor que me sigue implacable un vehículo con luces azules intermitentes, y mi bramido de dolor se convierte en uno de frustración. Pongo la moto a ciento sesenta por hora, sabiendo que, si hace falta, puedo apretar aún más, porque ahora ya nada me va a parar. Pero el coche patrulla salva rápidamente la distancia que nos separa, desplazándose al carril exterior y, cuando lo tengo a mi altura, veo de reojo a un agente gesticulando con vehemencia desde el asiento del copiloto.

Aunque acelero, el vehículo me adelanta y se sitúa en mi carril, impidiéndome el paso. Me dispongo a pisarle a

fondo para poner la moto al máximo, pero algo me lo impide. Entonces el policía aminora la marcha y me obliga a frenar y, no sé por qué, se lo permito. Quizá porque no quiero complicarle aún más la vida a Livia. O tal vez haya sido la voz de Marnie suplicándome «¡No, papá, no!». Juro que por un momento me he notado sus brazos ceñidos a la cintura, su cabeza apoyada en la nuca.

Cuando me detengo detrás del coche patrulla y apago el motor, me tiembla todo. Bajan del coche patrulla dos agentes: un hombre y una mujer. El hombre se dirige a mí a grandes zancadas.

—¿Qué pretende, matarse o qué? —grita, calzándose la gorra de un golpe seco.

Se acerca la agente, la que conducía.

—Apártese del vehículo, señor —ladra—. ¿Me ha oído? Apártese del vehículo. —Intento soltar el manillar, despegar las piernas de la moto, pero es como si estuviera soldado a ella—. Si no obedece, voy a tener que arrestarlo, señor.

—Vamos a tener que arrestarlo igual —dice su compañero.

Da un paso hacia mí y, cuando le veo las esposas colgadas del cinturón, el susto me hace hablar.

Me levanto la visera del casco.

—¡Un momento! —digo.

Detectan algo en mi voz, o quizá en mi semblante, que los tranquiliza.

—Continúe...

—Es por Marnie.

—¿Marnie?

—Sí.

—¿Quién es Marnie?

—Mi hija —digo, tragando saliva con dificultad—. Marnie es mi hija.

Se miran.

—¿Dónde está su hija, señor?

EL DÍA ANTERIOR,
SÁBADO 8 DE JUNIO,
DE OCHO A NUEVE DE LA MAÑANA

Adam

Dejando a Livia dormida, me levanto de la cama y me estiro con sigilo al aire caliente que entra por la ventana abierta. Contengo un bostezo y miro al cielo: ni un solo nubarrón a la vista. Liv se alegrará: el tiempo es lo único de su fiesta de esta noche que no ha podido controlar. Lleva meses supervisando todo lo demás para que sea perfecta, pero la lluvia persistente de los últimos fines de semana empezaba a deprimirla.

Observo el movimiento rítmico de su pecho mientras duerme, la levísima vibración de sus párpados. La veo tan tranquila que decido no despertarla hasta haber hecho café. Busco la ropa que llevaba anoche y me pongo los vaqueros, luego la camiseta, aplastándome el pelo al metérmela por la cabeza.

Crujen las escaleras cuando bajo a la cocina, y Murphy, nuestro pastor australiano rojo mirlo, levanta la cabeza del cesto donde duerme, junto a la estufa de leña. Me acucillo a su lado un minuto, le pregunto qué tal y si ha dormido bien, y le digo que yo no porque he tenido una pesadilla. Me da un lametón compasivo en la mano y vuelve a agachar la cabeza, dispuesto a pasar el resto del día durmien-

do. Ya ha cumplido quince años y no tiene la energía de antes, aunque da igual porque yo tampoco. Le encanta su paseo diario, pero aquellas carreras largas que nos dábamos juntos son cosa del pasado.

Mimi, la gata naranja de Marnie, que se comporta como si fuera de pura raza y no lo es en absoluto, se desenrosca y viene a restregarse en mi pierna para recordarme que ella también existe. Les lleno los cuencos, luego el hervidor. Cuando lo enciendo, el burbujeo del agua al contacto con las resistencias incandescentes perturba el silencio. Miro por la ventana y veo la enorme carpa blanca, agazapada en el césped como una bestia maligna, dispuesta a abalanzarse sobre la terraza y devorar la casa. Recuerdo entonces la pesadilla que me ha despertado. He soñado que la carpa salía volando. Me vuelve a la memoria: yo estoy en el jardín con Josh y Marnie cuando se levanta un viento fuerte que convierte el murmullo suave de las hojas en un siseo siniestro y lanza por los aires los árboles, que arrastran consigo las luces de colores.

—¡La carpa! —grita Josh, mientras el viento la sacude con violencia.

Y antes de que pueda impedírselo, Marnie corre hacia ella y se agarra a una de las solapas.

—¡Marnie, suéltala! —le chillo yo, pero el viento atrapa mis palabras, mi hija no me oye y la carpa se la lleva volando hasta hacerla desaparecer en el cielo.

Liv se va a reír cuando se lo cuente: resulta que no es la única agobiada con la fiesta. Me aparto nervioso de la ventana y vuelvo a estirarme, levantando los brazos por encima de la cabeza y rozando con las yemas de los dedos el techo de nuestra vieja casita de campo. No sé bien cuándo me superó en altura Josh, pero ya hace un tiempo que puede plantar las palmas de las manos en el techo.

Su mochila está donde la dejó, tirada en un extremo de la mesa, junto con dos bolsas de plástico. Las bajo al suelo y estudio el mueble con ojo crítico. Fue uno de los prime-

ros que hice, una pieza sencilla de pino barnizado a la que intenté dar un toque distinto reforzando las patas con una especie de puente, guiño a mi sueño juvenil de ser ingeniero. Al principio, a Livia le fastidiaba que no hubiera espacio por debajo. Ahora le encanta sentarse en el banco acolchado y poner los pies en uno de los barrotes para recostarse después en la pared.

Se apaga el hervidor. Lleno la cafetera de émbolo y, mientras se va haciendo el café, abro la puerta del jardín, cerrada con llave. El ruido espanta a un mirlo macho de un arbusto cercano. Se produce un aleteo aterrado y, al verlo alzar el vuelo, recuerdo que Marnie está de camino a casa.

Sonriendo al pensar que voy a volver a verla, porque nueve meses es mucho tiempo, atravieso la terraza y subo los tres escalones rocosos, disfrutando del tacto de la piedra tosca en las plantas de los pies, seguido de la humedad de la hierba al cruzar el jardín. El aire de la mañana huele a un mantillo mojado que no consigo ubicar, seguramente de los rosales de Livia. Hay unos enormes a la derecha del jardín, delante de la valla de madera, y al pasar por allí percibo el increíble aroma a Sweet Juliet, ¿o era Lady Emma Hamilton? Nunca me acuerdo, a pesar de que Livia me lo dice bastante a menudo.

Bordeo la carpa, asegurándome de que está correctamente anclada, por si mi pesadilla ha sido una premonición de algún tipo, y veo que se la han llevado tan al fondo que casi roza mi cabaña, con lo que me queda un espacio mínimo para colarme en ella. Sé por qué lo han hecho: había que dejar espacio para las mesas y las sillas, que se instalarán delante. Pero si uno puede mosquearse con una carpa, yo estoy mosqueado ahora mismo.

Me siento en el murete de piedra que bordea el otro lado del jardín, enfrente de la valla, e intento imaginar el aspecto que tendrá esta noche con un centenar de personas deambulando por allí, las luces enredadas en el manzano y los cerezos, y globos por todas partes. Siempre he sabido

que Livia quería celebrar sus cuarenta con una gran fiesta, pero no tenía ni idea de lo grande que podía llegar a ser hasta hace unos meses, cuando empezó a hablar de cáterin, carpa y champán. Me pareció tan exagerado que me dio la risa.

—¡Va en serio, Adam! —me dijo indignada—. Quiero que sea muy especial.

—Lo sé, y lo será, solo que me da que nos va a salir un poco cara.

—No me la estropees antes de que la haya organizado siquiera, por favor —me imploró—. Además, el dinero no importa.

—Liv, el dinero sí importa —repliqué yo, aunque habría preferido no tener que mencionarlo—. Josh se va de casa este verano y Marnie vive en Hong Kong; tenemos que ser prudentes un tiempo, ya lo sabes. —Me miró e identifiqué enseguida aquella mirada: de remordimiento—. ¿Qué? —pregunté.

—He estado ahorrando —reconoció—. Para la fiesta. Llevo años invirtiendo en ella, no cantidades inmensas, solo un poco cada mes. Perdona, tendría que habértelo contado.

—No pasa nada —dije yo, preguntándome si habría evitado contármelo por aquella vez que me gasté sus ahorros en una moto. Aún me abochorna, pese a que ocurrió hace años, antes de que naciera Marnie.

Pensar en Marnie me refresca la memoria. Vuelvo adentro y, pasando por encima de Mimi, siempre en medio, voy a por el móvil, que dejé cargando anoche cerca de la panera. Como esperaba, tengo un mensaje suyo.

Papá, no te lo vas a creer: se ha retrasado mi vuelo y no me va a dar tiempo a coger el de enlace en El Cairo, con lo que llegaré a Ámsterdam demasiado tarde para pillar el de Londres. Es un asco, pero no te preocupes, que estaré allí como sea. ¡Igual me meten en un vuelo directo y llego antes de lo

previsto! Te escribo cuando esté en Heathrow. Te quiero. Besos.

Vaya. Me encanta el optimismo de Marnie, pero dudo que la vayan a meter en un vuelo directo a Londres. La harán esperar en El Cairo hasta que salga el siguiente avión a Ámsterdam. Me pregunto una vez más por qué accedí a que diera semejante rodeo para venir a casa.

Cuando Livia empezó a planificar su fiesta, jamás imaginó que nuestra hija no fuera a estar presente. El día estuvo claro desde el principio, así que lo primero que hizo Marnie en cuanto supo que estudiaría en Hong Kong este año fue mirar las fechas de los exámenes. Pero después se las cambiaron.

—Ahora los tengo el 3, el 4 y el 5 de junio, y luego el 13 y el 14 —dijo, encendida de frustración cuando nos hizo un FaceTime en enero—. No puedo creer que me vaya a perder la fiesta.

—¿Y si la pospongo al 15? —preguntó Livia.

—Seguiría sin llegar a tiempo, por la diferencia horaria.

—¿O al 22?

—No, porque entonces Josh ya no estaría. Ese es el día que se va a Nueva York, ¿no te acuerdas? Lo eligió a propósito para que cuadrara con tu fiesta. Ya tiene el billete y no podrá cambiarlo. Lo siento mucho, mamá. Ojalá pudiera arreglarlo, pero no hay forma.

Pasamos horas intentando encontrar una solución, pero al final tuvimos que resignarnos a que Marnie no viniera a la fiesta. Fue un chasco grande para Liv. Quiso cancelarla e invertir el dinero en vuelos a Hong Kong para celebrar su cumpleaños allí, pero Marnie no se lo consintió.

—No quiero que renuncies a la fiesta de tus sueños, mamá. Además, Josh no podría venir porque estaría con los finales y yo tendría que estudiar y tampoco podría pasar mucho tiempo con vosotros. Y ya sabes que papá está demasiado liado para tomarse más de una semana libre. Aparte